

LA SOCIO-PRAXIS: un acoplamiento de metodologías implicativas.*Tomás R. Villasante***A) TRADICIONES METODOLOGICAS PARTICIPATIVAS DE LAS QUE PARTIMOS.**

Hace 10 años planteaba “la rebelión del laboratorio” como introducción a un capítulo, semejante a éste por su intencionalidad didáctica de resumen, que se tituló “De los movimientos sociales a las metodologías participativas” (Delgado y Gutiérrez, 1994). Durante esta década, en las redes de movimientos sociales, de organizaciones y de investigación, en que nos movemos, hemos aprendido y construido algunas propuestas metodológicas que creemos más avanzadas. Pero el punto de arranque sigue siendo que “las técnicas e investigaciones sociales avanzan con los propios movimientos”. Como decíamos entonces: “No se trata de técnicas o metodologías para el estudio de los movimientos sociales. Más bien al revés, se trata de cómo los movimientos populares están aportando técnicas, metodologías, y hasta posicionamientos epistémicos para el uso de las ciencias sociales.” Es decir, la “rebelión del laboratorio, cuando los animales con los que se experimenta, los tubos de ensayo, los productos químicos, la energía eléctrica etc. deciden no obedecer al investigador, plantarle cara. Incluso preguntarle por qué hace tales cosas y no tales otras, o sugerirle tales experimentos fortuitos”. “En las ciencias sociales frecuentemente nos encontramos con objetos de estudio rebeldes, con sujetos que por si mismos se constituyen en movimientos sociales, o con movilizaciones que se constituyen en sujetos.”

La argumentación de entonces sobre este posicionamiento, que no vamos a repetir aquí, ya entonces apuntaba a algo que se ha ido generalizando en estos años: “Los movimientos populares, además, han pasado recientemente a una etapa internacional que se promete muy interesante... Y también ha significado el Foro Global de Río que las nuevas ideas y técnicas alternativas están en los movimientos, y que desde estos está surgiendo un internacionalismo muy crítico con las empresas transnacionales, por delante de las discusiones partidistas y de otros sectarismos académicos paralizantes de los años ochenta... Es una nueva generación la que se apresta a contestar las nuevas condiciones mundiales...”. En el año 1992 realizamos en Madrid un encuentro internacional, como “punto de encuentro de la sociedad civil”, de movimientos sociales críticos, desde las Madres de la Plaza de Mayo hasta Superbarrios y el movimiento de vivienda de México, y también varios intelectuales planteamos algunas líneas del internacionalismo de movimientos que luego surgiría con más fuerza. Por otros caminos ya se estaban preparando Chiapas y su repercusión mundial, las contra-cumbres sucesivas de los años 90 hasta Seattle y Génova, y los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y Mumbay. El contexto de todos estos movimientos, a escala local e internacional, es lo que puede dar sentido a estas propuestas de “socio-praxis” que estamos haciendo. En estos diez años hemos ido construyendo colectivamente unas redes de “investigaciones participativas” con algunos movimientos y con instituciones locales de las que estamos aprendiendo, en México, Centroamérica, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Brasil, y España (Canarias, Andalucía, Catalunya y Madrid).

A principios de los 90, en aquel capítulo, traté con cierta extensión los precedentes que tomábamos de la “investigación-acción-participativa”, de la “praxeología”, y del “socioanálisis”, como referencias con las que discutíamos nuestras propias construcciones metodológicas. Aunque aquí hagamos algunas referencias a aquellos debates, nos vamos a centrar en un panorama más amplio de tipo metodológico e incluso epistémico. Seguimos considerando la “praxeología”, el “socio-análisis” y la

“investigación-acción-participativa” como las tradiciones de partida de todo este planteamiento. Pero hay también otras aportaciones científicas, sociales y naturales, como la “teoría de redes”, como el “ecofeminismo” o el “ecologismo popular”, la “cibernética de 2º orden”, o la “autopoiesis”, “fractales”, “simbiogénesis” y paradigmas de “la complejidad” que están detrás de estos razonamientos. Y de acuerdo con estos planteamientos teóricos y epistémicos de fondo, en los años 90 también hemos ido incorporando otras metodologías, del tipo de las aportadas por la “planificación estratégica situacional (PES)”, el “diagnóstico rural (o rápido) participativo (DRP)”, los últimos movimientos de la educación popular latinoamericana o algunos planteamientos “alter-mundialistas” de los movimientos sociales de la última década.

Desde las “praxeologías” y las militancias.

La praxis no se puede confundir con la práctica militante sin más, ni con la del “militonto” que solo atiende a las directrices de su organización, ni con aquella que solo atiende a las “necesidades sentidas” de la base popular. La expresión de “praxeología” de J. O’Connor y otros autores, o la de “filosofía de praxis” que podríamos relacionar con Gramsci, con Mariátegui, o con los marxismos orientales con distintas variantes, las encontramos más actualizadas y cercanas en Adolfo Sánchez Vázquez o Manuel Sacristán entre nosotros. “La praxis como actividad transformadora del mundo (natural o social) que es a la vez objetiva y subjetiva, material y consciente... a Marx no le interesa el ser en sí, sino el mediado por la actividad humana, el ser constituido en y por la praxis... filosofía de la praxis y no materialismo dialéctico” (A. Sánchez Vázquez, 1987) O el propio Marx en la Tesis 2 sobre Feuerbach: “La cuestión de si al pensamiento humano le corresponde la verdad objetiva no es una cuestión práctica... La polémica acerca de la realidad o no realidad de un pensamiento que se aísla de la praxis es una polémica puramente escolástica”.

También sobre la praxis en el mismo texto de Sánchez Vázquez: “no es la transformación objetiva (separada de la subjetividad) ni la actividad subjetiva (separada de la objetividad), sino la unidad de ambos momentos... supone cierta relación mutua en virtud de la cual la praxis funda a la teoría, la nutre e impulsa a la vez que la teoría se integra como un momento necesario en ella... como crítica... como compromiso... como laboratorio... como conciencia... y como autocrítica...” Es el posicionamiento de “acción-reflexión-acción” en una espiral que se va abriendo con las propias realizaciones prácticas. Lo primero es sentir o convivir el problema, es asombrarse y poner cuerpo y energía y pasión a lo que se nos plantea. Todo lo más alejado de un distanciamiento frío, que además de imposible, sólo nos mete en otros prejuicios peores (por ser no conscientes y por tanto no controlados). La praxis comienza con ciertas dosis de vivencias, implicaciones, y sigue luego con las reflexiones auto-críticas y críticas que entran en juego entre sí. Ahora se producen varias perplejidades y distanciamientos cruzados. Aparecen varias facetas no esperadas pues “la vida es un proceso ambivalente, interiormente contradictorio” (Bajtín, 1974), y entonces se trata de encontrar “las potencialidades desde lo que subyace oculto o simplemente aplastado por las estructuras oficiales políticas y culturales, que obstaculizan vislumbrar lo más profundo del hombre” (H. Zemelman, 1992). Lo que hemos llamado lo carnavalesco, el estilo artístico (arte grotesco que analizó Bajtín) del saber hacer crítico popular. Desarrollaremos más adelante estas reflexividades (“de segundo grado”) con la propuesta de los “tetralemas” (Greimas, Jameson, Ibáñez, Abril).

Pero la praxis no acaba en un diagnóstico sino en propuestas para la acción y en la acción misma y en las constantes reformulaciones que exige. Las cosas y las ideas cambian cuando se cambian las condiciones de vida. “La pretensión de desplazar una ideología mediante una simple lucha de ideas cumple, en definitiva, la función ideológica, de dejar el mundo, del que forma parte la ideología, y en mayor o menor grado, como está” (Sánchez Vázquez, 1987). Quizás no podamos cambiar todas las circunstancias de una vez, pero al menos podemos incorporarnos a unas prácticas y a unas redes sociales, a unas estrategias de transformación. Ni lo local ni lo mundial van a cambiar por una simple disputa de ideas, por buenas que éstas sean. Es necesaria la implicación a las redes que ya están en marcha, que ya se están moviendo, o que pueden moverse, por su potencialidad para transformar y mejorar nuestras condiciones de vida. Para esto no hace falta ser un teórico de los movimientos sociales, sino alguien que se siente implicado en sus procesos concretos. Siempre estamos implicados aunque no lo sepamos, pero lo que aquí se nos recuerda es la importancia de ser conscientes de “¿para qué?” y “¿para quién?” hacemos lo que estamos haciendo. Y para esto lo mejor no es quedarse discutiendo dentro del grupo al que cada cual pertenece estas cuestiones, sino salir a realizar actividades con las bases sociales. No porque la gente tenga la razón sin más, sino como efecto “espejo” donde poder comprobar lo que uno está intentando hacer.

Desde las críticas socio-analíticas.

También partimos de las experiencias que se fraguaron en torno al “68” en varias partes del mundo, y especialmente algunas que se estaban reflexionando en Francia, como el socio-análisis. Lourau, Lapassade, Guattari, etc. nos han aportado mucho, sobre todo para no quedar apresados en la lógica de la “necesidad sentida”, del “síntoma”. La gente, las asociaciones, las manifestaciones populares no tienen necesariamente la razón en lo que plantean, por lo menos al principio. Pues lo que primero se oye de la gente es un cierto caos de algunas cuestiones contradictorias y muy paradójicas en sí mismas. Suelen estar mezcladas cuestiones oídas en la TV con otras de las tradiciones familiares (algunas muy patriarcales...), y también podemos descubrir algunas cosas de “sabiduría popular” muy profundas. El poder discernir y construir conocimientos útiles y más emancipadores es una tarea que se plantean los socio-analistas, a partir de los primeros síntomas.

Las patologías de la sociedad marcan a las personas, a través de las instituciones familiares y sociales, y no se presentan ante los grupos o redes como evidencias a criticar, sino como elementos habituales de la vida cotidiana, con los que uno convive desde que nace. Estamos metidos en esas redes “rizomáticas” y por eso es necesario algunas provocaciones que nos hagan cuestionarnos lo que estamos viviendo.”...No basta con dar la palabra a los sujetos implicados – a veces es una cuestión formal incluso jesuítica-. Además es necesario crear las condiciones de un ejercicio total, incluso paroxístico de este enunciado... El romper de hecho las barreras del saber establecido, del poder dominante, no surge por sí mismo... Es todo un nuevo espíritu científico que hay que rehacer” (F. Guattari, citado por R. Lourau, 1977). Para esta posición no es el analista el que hace el análisis sino el “analizador”, es decir, el hecho concreto que se vive colectivamente y que nos marca por su importancia en nuestras vidas. Puede ser un acontecimiento histórico no previsto que rompe nuestras rutinas de vida cotidiana, y que nos obliga a posicionarnos ante su realidad muy contundente, o puede ser un “analizador construido” por nosotros mismos o por un movimiento social que coloca a los demás ante

la necesidad de tomar conciencia de lo que sucede y adoptar alguna posición coherente ante los hechos.

No es fácil dar con estas propuestas socio-analíticas construidas para cada caso, y tal vez por eso han abundado más los “analizadores históricos” que los “construidos”, y en todo caso estos últimos lo han sido por movimientos sociales más que por propuestas muy elaboradas. La mayoría de los expertos se han refugiado en algunos casos experimentales, mirando más hacia dentro de un aula o de un grupo, que hacia comunidades o ámbitos territoriales de una cierta importancia. Aún así el propio J. Ibáñez (1990) seguía insistiendo en su importancia, pues aunque él no lo desarrolló, lo consideraba más interesante que el grupo de discusión: “en el socioanálisis (juego de lenguaje tipo asamblea) juega todo el contexto situacional y todo el contexto lingüístico. En el grupo de discusión, el contexto lingüístico degenera: pierde el contexto semiótico”. Desde Latinoamérica E. Pichón-Rivière con su “Ecro” (esquemas conceptuales relacionales y operativos) que hay en cada persona, grupo y red, nos sitúa también en la necesidad de provocar por la práctica cambios en las conductas antes que en las cabezas individuales. Como en el “esquizoanálisis” de Guattari, es la sociedad la que está enferma, y las personas sólo en la medida en que se dejan atrapar o bloquear por sus mecanismos más patológicos.

Desde la Investigación (acción) participativa.

Las aportaciones de Fals Borda, Anisur Raman, etc. sobre la IAP nos colocan ante la relación de sujeto a sujeto, es decir, lo primero que hacen es criticar la relación de sujeto investigador a objeto investigado que es la más frecuente en las ciencias sociales. Lo que rescatan es que los objetos que pretendemos investigar (colectivos, sectores, comunidades, personas, etc.) en realidad tienen sus propias estrategias como sujetos que son. De forma intuitiva o de forma más consciente los grupos y las redes de las sociedades no se comportan como objetos sin más. No solo son complejos como la naturaleza y los seres vivos, tal como hoy reconocen las ciencias naturales, sino que además son “hipercomplejos”. Como nos recordaba Ibáñez (1990): “La sociedad es un sistema hiperrreflexivo, un sistema reflexivo con elementos reflexivos (los individuos)”... “El sujeto es un sujeto partido porque es un sujeto partido, al ser partido perdió su complemento anatómico y es una herida abierta” ... “El intento de recobrar la plenitud está condenado al fracaso: no hay sujeto pleno, no hay goce. El incesto es un salto en lo pleno, estrellarse en la muerte... El saber burgués, la ciencia positiva, es incestuoso, se sostiene en la voluntad de suturar todas las fallas, en su dimensión sistémica aspira a contener en su teoría todo el pasado, en su dimensión operatoria aspira a contener todo el futuro en sus programas”.

Por lo mismo no estamos en la lógica de un sistema de conocimiento social pleno, entre otras razones por ser éste imposible, sino en las posibilidades de construcciones viables entre sujetos. Unos sujetos están especializados y tienen experiencia en algunas técnicas, otros son sujetos con recursos para hacer investigaciones o intervenciones, y otros simplemente viven la vida y si se ven afectados por algún proceso social actúan según su sentido común o los estereotipos adquiridos. Es decir todos estamos siempre implicados en algún grado e interactuamos con diversas lógicas. La implicación, decíamos hace una década, es “colocarse más allá del cerebro, cuando observador y observado sienten que están aprendiendo juntos, cuando vibran en una tarea conjunta y creativa para ambos, aunque lo vivan de forma distinta”. O con las palabras de Fals Borda (1986): “La vivencia comprometida aclara para quién son el conocimiento y la

experiencia adquiridos... una tensión dialéctica cuya problemática sólo se resuelve con el compromiso práctico, esto es en la praxis concreta.” No pretendemos tanto entender algo que siempre será parcial, y si relativizar las aspiraciones de la racionalización cartesiana, kantiana y hegeliana. No buscamos los tipos medios representativos de un sistema, sino que estamos en la urgencia de encontrar los tipos dispares y en conflicto, y los conflictos internos a todos los tipos.

Todos los sujetos somos interesantes por nuestra “incompletud”, por estar fracturados, por ser parte de vínculos más amplios, complejos y “fractales”. Por eso tampoco conviene caer en que “el pueblo siempre tiene la razón”, o que exista una especie de “ciencia popular” como a veces ha pretendido la IAP. Hay muchos tipos de IAP, y algunos son muy “basistas” y “espontaneistas”, en el sentido de que la gente viene a sustituir a algún “dios” o a la ‘ciencia’. Carlos Núñez (1989) nos recuerda que el investigador tampoco aquí puede ser neutral, pues si existe la riqueza de la medicina natural, también existe el machismo, y si existe la solidaridad entre amigos, también la alienación ante los programas de TV. Y Rodríguez Brandão (1986) plantea la necesidad de hacer un “saber popular orgánico” frente a un “saber erudito”, pero también frente a un “saber popular tradicional”, que se piensa de manera populesca como si no hubiera contradicciones y alienaciones en la gente. Para superar las verdades parciales de cada sujeto, tanto de los populares como de los expertos y de los que ponen los recursos, tenemos que entrar en procesos auto-críticos y críticos, en donde las verdades colectivas que se vayan construyendo al menos sean creativas y operativas para el conjunto de los implicados, o los que se quieran implicar. La metáfora de un juego de espejos (un tanto deformados según cada cual) nos puede servir para poder hacer alguna construcción más colectiva del conocimiento y de la acción. La técnicas y las metodologías deberían orientarse a responder a una episteme (un posicionamiento ante la vida y la ciencia) que les de sentido.

Comparando algunas perspectivas.

No se trata de hacer definiciones académicas sobre lo que estamos haciendo como si ya fuese algo acabado, pleno y perfecto. Se trata mas bien de un proceso que sentimos que se está abriendo y que lo que necesita no son tanto “definiciones” como “distinciones”. Una definición pretende abarcar en un concepto una precisión que resume los pretendidos conocimientos que se tienen sobre un asunto. Las distinciones, más modestamente por sentirse en un proceso, pretenden decir “lo que no se es”, distinguirse poniendo algunos límites o barreras. Las distinciones pretenden ser operativas en las ciencias al avanzar algún salto o paso necesario para ir precisando en qué campo nos movemos y en cual no. También las distinciones pueden servir para concretar las relaciones entre prácticas, entre unos usos y otros de un mismo concepto. Podemos definir algo con un cierto margen de precisión, pero luego sus usos y abusos, las experiencias prácticas que se reclaman de tal definición, pueden aconsejar establecer distinciones para poder saber de qué estamos hablando y qué estamos haciendo (por ejemplo, conceptos como “desarrollo sostenible”, “sociedad civil”, capital social”, “dialógica”, etc ... pueden significar cosas muy distintas según quién lo declare y sobre todo quién y cómo lo practique).

En las ciencias sociales hay mucho debate entre las perspectivas cuantitativas y cualitativas, y más recientemente también con las más complejas y participativas. No basta sólo una perspectiva pluralista para mezclar las diferentes formas, hay que saber, de cada orientación, “¿para qué?” y “¿para quién?” están sirviendo (su episteme). Por

eso hemos modificado un cuadro elaborado por el Colectivo Ióé (1993), siguiendo ideas de J. Ibáñez, para presentar mejor lo que entendíamos ya hace diez años por socio-praxis. Actualizamos aquellos conceptos queriéndonos distinguir tanto de la perspectiva cuantitativa (distributiva), como de la cualitativa (estructural). Y distinguir también nuestra posición de algunas perspectivas participativas (dialécticas), cuando se basan en puras simetrías entre sujetos (que nos parecen más deseos que realidades), ciertos espontaneísmos sin metodologías, y más buena voluntad que saber hacer. Al presentar este [cuadro](#) no queremos que parezca que renunciamos a las otras tecnologías (asambleas, grupos de discusión, o encuestas), sino que las pretendemos orientar y dar sentido cuando las usamos desde la lógica de abajo a arriba y desde el posicionamiento (episteme) socio-práxico.

La posición socio-praxica usa las otras tecnologías pero no desde las metodologías y epistemes con las que suelen ser usadas, sino desde las posiciones implicativas y participativas que en este escrito pretendemos distinguir. En realidad la sociopraxis podría estar entre la posición estructural o cualitativa (J. Ibáñez pretendía avanzar desde ahí), y las posiciones dialécticas o militantes de las que se reclaman algunos movimientos radicales. La distinción con algunas posiciones de IAP y de otras militancias participativas aparecen cuando no hay movimientos que muestren las cosas tan claras, donde los basismos, espontaneísmos, voluntarismos, nos dejan huérfanos. ¿Por donde empezar? O cuando algunos movimientos tienen las cosas tan claras que pueden excluir los derechos de otros movimientos también populares, con riesgos de sectarismos, corporativismos, y otras desviaciones poco solidarias de algunos procesos sociales. Así pues intentamos establecer algunas distinciones que hagan la implicación participativa un poco más crítica y auto-crítica, y por ello mismo más rigurosa y operativa para la transformación o el desborde de los dictados con los que nos suele tocar enfrentarnos.

B) DISTINCIONES QUE HEMOS INCORPORADO EN LA ULTIMA DECADA:

Distinguir las “redes creativas”.

En los últimos 20 años las “redes” han pasado de ser algo que pocos reductos de investigadores nos aventurábamos en ellas, a ser un concepto o una metáfora usada para todo. Así pues lo primero será partir de las fuentes que hemos venido tomando e incorporando en estos años, y luego pasar a establecer en dónde hemos ido coincidiendo y qué prácticas nos han resultado más operativas, con qué herramientas, y usadas desde qué criterios y posiciones de fondo. Las primeras intuiciones nos llegaron desde la antropología de Manchester, con sus conceptos básicos y prácticas cualitativas. Y después desde la psicología social nos fueron llegando la “Teoría del Vínculo” (Pichon-Rivière) y las escuelas posteriores sistémicas. En sociología hay unos intentos en Canadá y Estados Unidos de relanzar el “Network análisis”, del que dimos cuenta en una discusión con sus principales autores en un número monográfico de la revista de nuestra Facultad coordinado por Narciso Pizarro (). Más recientemente, en la trilogía de M. Castells para la descripción del cambio de siglo, es la “sociedad red” la protagonista de los cambios.

El fondo de esta aportación creo que está planteado acertadamente por Pierre Bourdieu cuando escribe: “Todo lo real es relacional”, parafraseando y desbordando lo planteado por Hegel. De lo que se trata en ciencias en general, y en las ciencias sociales

en particular, es encontrar y saber cambiar las matrices o esquemas reticulares que gobiernan nuestras vidas. Y eso tanto desde los “esquemas conceptuales, relacionales y operativos” (ECRO) que podamos haber construido colectivamente en cada cabeza y cuerpo personal, según Pichón-Rivière, como en las matrices y los “conjuntos de acción” de una comunidad local (como creemos haber ido demostrando en estos años), o de un país como otros autores plantean. Son los vínculos relacionales y sus dinámicas las que van construyendo a los sujetos y los procesos, desde su capacidad de acoplamientos o de juegos, ante los condicionantes externos e internos. No es tan importante la sociedad en su red en conjunto o tales o cuales actores, sino los “conjuntos de acción” intermedios los que bloquean o hacen emerger las nuevas situaciones. Como los vínculos o las relaciones no son fáciles de ver, y además están en continuo cambio, la dificultad es encontrar herramientas operativas para poder hacer algo útil a partir de una realidad tan dinámica.

Han sido algunas autoras y los movimientos de mujeres quienes nos han aportado más en este sentido. Son esos cambios desde lo cotidiano, en las redes muy poco formalizadas, pero muy profundas de las vinculaciones entre mujeres, las que han aportado la evidencia de unos cambios en el siglo XX, con un profundo contenido político. La interpretación de la revolución de lo cotidiano, y cómo saber moverse para ir conquistando nuevas cuotas de poder tanto en la familia como en la sociedad pública. Diversas corrientes feministas han logrado ir visibilizando sus aportaciones a las ciencias, pero en lo que a nosotros afecta también ha sido muy importante el ejemplo de los movimientos de mujeres singularmente de América Latina y de Asia, que con unas prácticas muy originales han conseguido ir saliendo de la triple condición de asustadas, dominadas y explotadas. Queda mucho por recorrer, pero son estas redes las que en el pasado siglo han conseguido cambios más irreversibles en la evolución de la humanidad. Entre el “eco-feminismo” de Vandana Shiva y el “juego de las astucias” de Dolores Juliano, estos feminismos y movimientos poco académicos, basados más en algunas distinciones de la vida cotidiana, que en definiciones de diccionarios, nos han ido enseñando que el cambiar las relaciones de poder es posible.

Son las redes de vínculos no formales una gran potencia de la que aún no sabemos bien todo lo que pueden dar de sí. Cuando la democracia aprende a ser “como un bosque” (V. Shiva) donde tanto lo pequeño como lo grande tiene su importancia para la dinámica reticular del ecosistema, entonces son los poderes en juego los que tienen que comportarse en red. Porque las cuestiones centrales de las redes siguen siendo su carácter de juego de poderes, desde lo cotidiano local hasta las redes mundializadas; y las dinámicas de saltos y bloqueos en que se ven atrapadas, y saber cómo operar lúcidamente ante las situaciones tan imprevistas y complejas que comportan. Como las preguntas por la utilidad de estos análisis siguen existiendo, hemos experimentado algunos instrumentos que nos han dado algunos resultados. De los mapas de actores, los Diagramas de Venn, del Socio-grama, hemos ido aprendiendo y corrigiendo, y ahora aportamos algunas matrices y diagramas que pueden ser utilizados por comunidades pequeñas y grandes. La cuestión sigue siendo cómo hacer gráficas las relaciones y vínculos de una comunidad dada, tanto con efectos auto-críticos, como de alianzas y cambios entre los “conjuntos de acción” en presencia. Usamos la matriz auto-construida de actores y vínculos para nuestras tareas como un médico la radiografía o el escaner, interpretando sus sombras y claros, sus vínculos y conjuntos de acción.

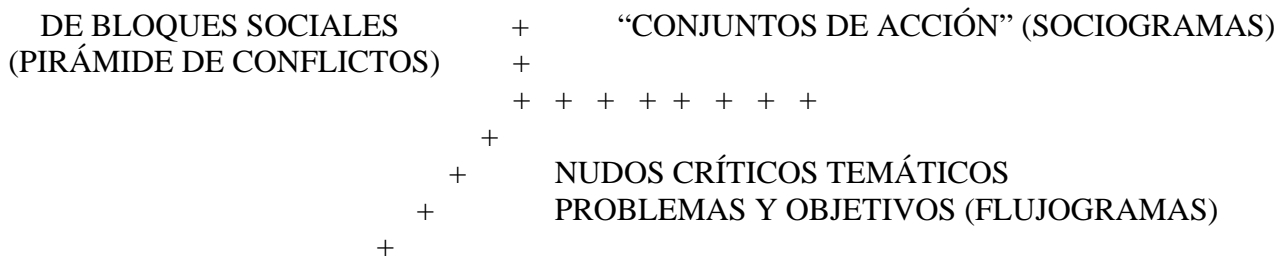
Distinguir “segundas reflexividades” operativas

La cibernética de segundo orden, a partir de Von Foerster, Maturana, Varela, etc., no sólo ha abierto en las ciencias naturales nuevos enfoques para tratar las situaciones “no lineales” o de mayor complejidad, sino también en las ciencias sociales. Pero aquí también hay que distinguir diversas interpretaciones que incluso resultan contrapuestas entre sí. Desde Luhmann hasta Morin se han puesto a construir sus paradojas y complejidades “autopoieticas” o “auto-eco-organizativas” usando estos conceptos importados de la cibernética de segundo orden. Y ciertamente consiguen dar interpretaciones más ajustadas a la hipercomplejidad de lo social de lo que se venía haciendo, tanto desde el estructural-funcionalismo como desde la teoría crítica. Pero siguen sin aplicarse a las realidades concretas para sus desbordes y cambios necesarios ante las urgencias en que estamos viviendo. Las posiciones de Evelyn Fox Keller y de Barnet Pearce (1994) en un debate de hace algunos años marcaban las distinciones entre las teorías de la complejidad que sirven para todo, y las que se pueden vincular con praxis críticas y creativas de los movimientos sociales.

Lo importante de esta perspectiva que hemos ido incorporando, principalmente con el magnífico resumen que preparó Jesús Ibañez (y Pablo Navarro) a principios de los 90, es que facilita un marco científico abierto, una crítica en profundidad a las visiones deterministas lineales, y permite incorporar las situaciones de incertidumbre a su estudio y cambio. La crítica tanto a los principios aristotélicos de identidad, no contradicción, tercero excluido, etc., como a las dialécticas hegelianas de la historia, nos abren nuevas posibilidades de enfoques. La dialógica toma entonces un sentido más abierto para poder trabajar con posibles bifurcaciones en que se nos abre cada situación social. Es un marco para poder trabajar ante cualquier imprevisto, hacer emerger potenciales soluciones de un fondo experimental que siempre está en la propia sociedad. El concepto de “enacción”, que nos aportó Varela (1998) a las ciencias cognitivas, lo entendemos como una concreción operativa de lo que hemos venido entendiendo por praxis. Es decir, cómo rescatar del fondo experimental de la persona y de las redes sociales, nuevas y emergentes salidas complejas, concretas y no previstas.

Lo situacional y las emergencias de lo cotidiano y espacial concreto vuelven a aparecer, pero esta vez no de la mano de los “situacionistas”, sino de la Planificación Estratégica Situacional, que Carlos Matus (1995) pudo ir construyendo tras sobrevivir a la experiencia chilena. El PES es un conjunto de instrumentos muy ordenados y rigurosos de planificación al servicio de los intereses públicos y democráticos. Nos interesó porque parte de incorporar la indeterminación de lo económico y lo social como punto de partida, y porque introduce un mecanismo (el flujograma) de priorización con nudos críticos de causa-efecto. Le hemos hecho también algunas variaciones a lo aprendido, sobre todo después de aplicarlo en situaciones culturales muy distintas (pues aunque en Latinoamérica todos hablamos alguna variedad del castellano, no siempre construimos iguales sentidos con las mismas palabras). Hemos procurado dejar más abiertas las relaciones de causa y efecto entre las posiciones de la matriz del flujo-grama, para permitir más aún la retroacción de causalidades, de forma que los nudos críticos resultantes, más que en un árbol de problemas, están en un “rizoma” nada lineal. También hemos articulado la columna de los actores que deben aportar las potenciales soluciones con los conjuntos de acción que sacamos del socio-grama realizado con anterioridad. De esta manera podemos cruzar la radiografía de los nudos críticos temáticos con la radiografía de los actores y sus conjuntos y alianzas.

	+	
	+	
DATOS/ ESTRUCTURAS	+	VÍNCULOS Y REDES/ ACTORES



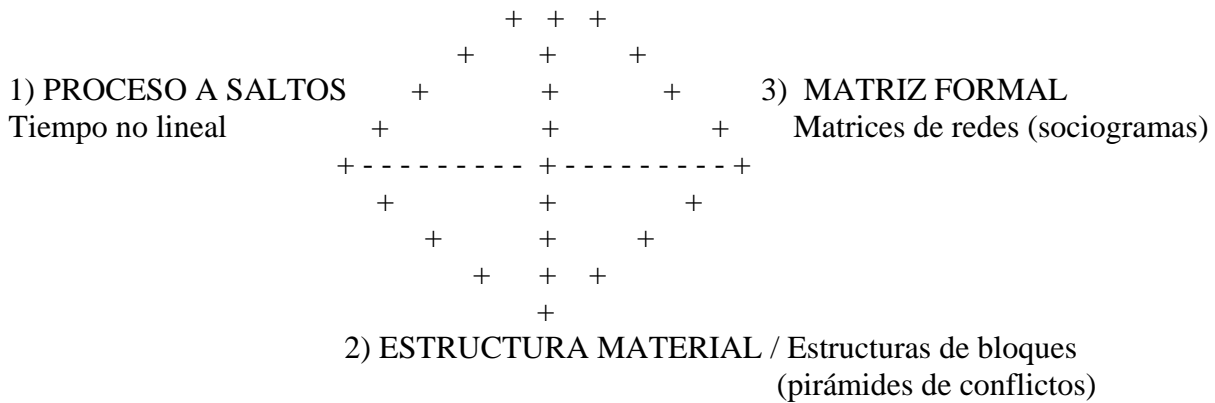
Se cruzan tres radiografías para atrapar provisionalmente las relaciones entre las tres matrices y poder así hacer estrategias más operativas para el conjunto de las personas y sectores implicadas. Y además del sociograma de actores y el flujograma de contenidos, está el contexto de la piramide de conflictos donde se dan estas coyunturas, pues si no podríamos estar cayendo en una visión muy localista y circunstancial de los procesos, sin darnos cuenta de que cualquier proceso concreto está siempre condicionado por los macroprocesos con los que hay que contar. Ahora bien, estas matrices se tienen en cuenta de manera participada, es decir, construyéndolas con los datos, opiniones y las propuestas de quienes se implican en el proceso. Los técnicos aportan sus “objetividades”, y los políticos los marcos institucionales existentes o transformables, y la ciudadanía las necesidades más sentidas y sus movimientos. Pero todos conjuntamente pueden intervenir en construir cada una de las matrices, con tareas diferentes, pero para ir haciendo una interpretación y unas apuestas en su conjunto, donde una mayoría se vea implicada. La planificación estratégica situacional gana así más papel para los conjuntos de acción que son tenidos en cuenta desde un primer momento, y pueden meter visiones más contrastadas (no sólo la del gobierno y sus cercanos).

Distinguir “transducciones” participativas.

La naturaleza es creativa por si misma y nos puede enseñar, tanto cómo tratar con situaciones patológicas como el innovar ante situaciones nuevas. Nuestras sociedades son hipercomplejas y por eso son tan distintas de las máquinas. Acaso las situaciones de complejidad que más se le aproximan son las que percibimos en los ecosistemas naturales. Los estudios de Lynn Margulis (2002) sobre la aparición de la vida en el planeta, la “sibiogénesis”, y la forma tan creativa de comportarse las bacterias y los otros reinos de la naturaleza (algas, hongos, plantas y animales) nos pueden dar pistas metodológicas. Para F. Capra (2002) la propia naturaleza ya dispone de tres dimensiones: 1) El propio “proceso a saltos” de la evolución (S.J.Gould) con sus acoplamientos estructurales ante situaciones de gran complejidad. 2) La “estructura material” con las características fisico-químicas de evolución no lineal, alejadas del equilibrio, donde se dan las estructuras disipativas (Prigogine). 3) Las “matrices formales” de comportamientos o “patrones de conducta autopoieticos” (Maturana y Varela) que saben como hacer no conscientemente. Lo social humano añadiría una cuarta dimensión a cruzar con las tres anteriores y sería: 4) el “sentido significado”, es decir, los intentos de consciencia reflexiva sobre los procesos y sus saltos, sobre las relaciones de la matriz de conductas, y sobre la propia estructura material y sus elementos.

4) SENTIDO SIGNIFICADO / Nudos temáticos (flujogramas)

+



En cada momento podemos hacer un cruce también de tres planos entre “estructura material”, “matriz formal”, y “sentido significado”, muy semejante al ya señalado con las “estructuras de bloques/conflictos”, “matrices de redes/sociogramas”, y “nudos temáticos/flujogramas”. Así el acoplamiento de estos tres enfoques o planos de análisis se hace siempre en el tiempo, en procesos no lineales, en dialógicas que van ganando mayor complejidad y sabiduría entre sus elementos y relaciones. En la naturaleza se van produciendo saltos entre formas de energía, en presencia de catalizadores o en presencia de enzimas, que facilitan los procesos de la vida, y que se denominan “transducciones”. En las sociedades humanas los discípulos de Paulo Freire y la educación popular plantean “sistematizar” (O.Jara) o adaptar el proceso “boomerang” (C. Nuñez) para aprender a dar saltos que reviertan las situaciones heredadas. Boaventura S. Santos plantea que entre unas y otras culturas sólo cabe “traducir” para no invadir las otras identidades y sabidurías. Con Simondon y con Ibañez, nosotros retomamos la implicación de querer ser “transductores”, sujetos que traducen y que también dinamizan, que se implican en las reversiones, sin querer cerrar una sistematización única, sino abrir nuevos caminos más complejos.

Hemos aprendido también del Diagnóstico Rural (o Rápido) Participativo (DRP) de Chambers, Ardón y otros. En la misma línea estos procesos “transductores” se hacen con las sinergias de los cuerpos en presencia (caminando y construyendo dialógicamente), visiones compartidas (debates para construir un diagrama colectivo), reinterpretar la historia de los movimientos sociales (desde ellos mismos), o hacer programas locales útiles (por ejemplo para una alimentación saludable). Son construcciones “senti-pensantes” (Galeano), que no admiten una racionalidad desligada de la estructura material inmediata, de la matriz de confianzas/miedos, y de la construcción de sentidos significativos para los implicados, y así se van produciendo procesos de acoplamiento a saltos. El acostumbrarse a cruzar estos cuatro enfoques, a aceptar el camino de estas complejidades y superar los reduccionismos lo consideramos muy importante, tanto para no caer en tecnocracias con un enfoque simplista, como para tampoco caer en voluntarismos basistas puramente intuitivos. El estilo que pretendemos es una conjunción o acoplamiento tanto de las intuiciones que parten de las experiencias directas, como de conocer las técnicas y sobre todo los enfoques metodológicos que se pueden cruzar en cada caso y proceso.

De la Educación Popular y del DRP hemos conocido muchas técnicas concretas de dinámicas de grupos humanos, de diagnósticos participativos, etc. pero más allá de las técnicas, lo importante es el estilo “transductor”: el ¿porqué?, el ¿para qué?, el ¿para quién?. Las técnicas y dinamización participativa se pueden usar como juegos divertidos con fines muy diversos, por eso queremos plantearlas, colectiva y creativamente, desde estos cuatro enfoques que venimos repitiendo: que respondan a las “estructuras

materiales” de los conflictos básicos, que cuenten con las “matrices de vínculos” de confianza y miedos, que construyan “sentidos con significado” para las mayorías sociales, y que se den en “procesos dialógicos abiertos”, capaces de autoorganizarse por sí mismos.

Insistimos en esta vigilancia científica-metodológica con indicadores que puedan dar cuenta de ella: 1) en lo que estén aprendiendo los propios promotores de las iniciativas y en los resultados que se den entre las personas implicadas, 2) en la implicación en sus relaciones internas, 3) y en las relaciones con los procesos más amplios, y 4) en los resultados materiales y palpables (a corto y a medio plazo). Cómo van evolucionando los socio-gramas, flujo-gramas, los programas ya puestos en marcha, y sobre todo la auto-capacitación de los grupos que se implican. De esta manera podremos ir haciendo las “transducciones” más sinérgicas y creativas que necesitamos.

Una práctica que permite ir entendiendo si estamos en alguno de los buenos caminos, es ir comprobando si los grupos motores nos sentimos aprendiendo. Hay formas de observación a través de un vídeo, o a través de un “socio-drama”, o de una “pecera”, etc. en que nos pueden ver o vernos de forma crítica. Dentro de lo que hemos aprendido de la biología y del cuerpo humano está que en los gestos se manifiestan más “verdades” que con las palabras. La cultura escrita y oral tiene una serie de recursos que aprendemos a controlar en diferentes juegos para no ser tan transparentes ni ante los otros ni ante nosotros mismos. La educación convencional de las familias, las escuelas, y las demás instituciones nos enseñan numerosas hipocresías. Vernos actuar en simulaciones o en actos reales puede ser una forma autocrítica muy importante, tanto para mejorar nosotros mismos en las predisposiciones y los prejuicios que tengamos, como para evaluar o que nos evalúen hasta donde estamos avanzando con el proceso. En las reacciones fisico-químicas los catalizadores (que las facilitan) se dice que no se transforman, pero en estos procesos sociales todos cambiamos, tanto los conjuntos de acción, como los grupos motores, y por eso comprobarlo es un buen indicador.

Distinguir “reversiones” desbordantes.

En los últimos años los movimientos “altermundialistas” han retomado posiciones críticas que también están influyendo en el sentido de estas metodologías. No solamente desde el empuje de un nuevo ciclo de movilizaciones (que generacionalmente podemos situarlas a partir de la mitad de los años 90), sino también desde el rescate de algún concepto de los años 60/70 que se había quedado parcialmente olvidado, y también de nuevos conceptos que resultan muy creativos y emergentes en la nueva situación de la llamada globalización actual. Hay una línea que salta de Foucault, Deleuze y Guattari, a Negri y los autónomos y los desobedientes. Hay otra línea que va de Chiapas hasta la Argentina de los movimientos radicales, y pasa por los movimientos indígenas tanto en Ecuador o en Bolivia, o el Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil. Desde los textos de Holloway a los de Boaventura S. Santos, el debate de un marxismo abierto o de un postmodernismo de oposición se vuelve a radicalizar. La “co-ricerca” o co-investigación se vuelve a plantear, la construcción de una “esfera pública no estatal”, el replantear los “micro-poderes” y el hacer “rizomas” surgen por todas partes, “actuando localmente, pensando globalmente”.

Especialmente hemos aprendido a juntar el concepto de “reversión” que nos planteó J. Ibáñez (1990 y 1994) con el de “desborde popular” de algunos movimientos populares latinoamericanos. Más allá de la discusión entre progresistas y conservadores, o de revolucionarios y reformistas, colocarse en la posición rebelde “reversiva”, es pasarse a

otro plano emergente y practico, que no esta interesado en una discusión paralizante. Cómo integrar ambas partes, de la paradoja, es algo que hemos ido aprendiendo a hacerlo con determinadas alianzas participativas (los “afines” con los “diferentes”, frente a los “antagónicos”, por ejemplo). Estos juegos de estrategias no se basan solo en un mapa de actores y conjuntos de acción, sino que aprenden de nuevas posiciones, innovadoras a menudo por estar ocultas. Ejes emergentes que pueden desbloquear algunas posiciones clásicas donde se encastillan las dicotomías dominantes. Desde la semiótica hemos trabajado las interpretaciones de Frederic Jameson (1989) con Gonzalo Abril (1988 y 1994) de los cuadrados de Greimas, pero en nuestros casos no sobre textos de novelas, sino con los conjuntos de acción vivos y en presencia, participativamente. Se trata de aprender a construir los procesos reversivos.

El instrumento del “tetralema” entonces se puede aprender por dos caminos. Por un lado desde los propios movimientos sociales cuando se niegan a autodefinirse, y lo que plantean es construir en la practica sus posiciones para desbordar al poder que enfrentan vez por vez, y según lo que puedan ver de contradicciones en sus antagónicos, deconstruyéndolo, haciendo acciones y luchas que lo “revierta” en sus contradicciones. La cuestión pasa a ser cómo sorprender en los puntos más débiles y paradójicos a los poderes dominantes, aprender a jugar con sus contradicciones internas y reservarse desde lo popular las coherencias práxicas, más allá de las declaraciones. La cosa es para no enfrentarse frontalmente (los “afines” contra los “antagónicos”), sino para acumular alianzas (con los “diferentes”, e incluso con sectores “ajenos”) para aislar a los “antagónicos”, desbordando el eje dominante, y construyendo un eje emergente desde donde sorprender a los poderes que estén bloqueando el proceso. Revertir así donde más les duele.

Otro camino para construir el eje emergente de un “tetralema” es entrar a analizar el dilema con dos posiciones que se presentan dominando la situación, posiciones enfrentadas y de las que parece que no se puede salir (o gana una o gana otra). Usando un cuadrado o “tetralema” podemos construir otro eje donde aparezca en un vértice la posición “ni lo uno ni lo otro”, y en el otro las dos posiciones al mismo tiempo “lo uno y lo otro”. No es tan difícil cuando se practica un poco, y sobre todo si nos fijamos en prácticas de muchos movimientos sociales, o en expresiones coloquiales del habla corriente. Lo que pasa es que estamos acostumbrados al aristotelismo y nos cuesta fijarnos en las muchas paradojas con las que construimos nuestras propias vidas cotidianas. Pero si releemos con este enfoque lo que dicen otros, y lo que decimos nosotros, aparecen muchas formas aparentemente paradójicas, que van más allá de los dilemas en que nos dejamos encerrar. Y si estamos atentos y encontramos estos ejes alternativos podemos devolver participativamente a los conjuntos de acción tanto las posiciones dominantes como las innovadoras.



¿Por qué todo esto? Para introducir creatividad en los procesos, y una creatividad que ya está en las expresiones de la propia gente, quizás de manera minoritaria y

escondida, pero con esta forma de presentar los “tetralemas” posibilitamos que los encuentros de devolución participativa no vuelvan a repetir lo mismo de siempre. Al menos se abre la posibilidad de construir, entre los presentes, innovaciones a partir de algunas ideas minoritarias que, conocidas y sometidas a un nuevo debate en unas sesiones de devolución, resultan ser las más creativas y útiles para salir de los bloqueos habituales. Es importante, sobre todo en el segundo camino del “tetralema” sobre los contenidos, que se pueda construir colectivamente sin tener en cuenta quién dijo cada frase, sobre todo para no discutir sobre su representatividad sino sobre su viabilidad. Aunque en un primer diagnóstico pudiera ser interesante saber quién dijo cada cosa y en el primer “tetralema” de actores saber con quién se puede hacer alianzas y en torno a qué temas, en un segundo momento ya se trata de construir sujetos colectivos. Es decir, conjuntos de acción más grandes y potentes, y por eso se han de construir prioritariamente las ideas-fuerza y a ellas adherirse todos los sujetos, grupos y alianzas, más allá de a quién se le ocurrió la expresión feliz de identificación colectiva.

Hay que insistir una vez más que lo que hemos aprendido de todos estos movimientos sociales y autores críticos no es tanto una colección de técnicas, sino la capacidad de readaptarlas a cada caso concreto. Recrearlas desde nuestros estilos socio-prácticos para dar resultados útiles a cada construcción colectiva, siguiendo los criterios de cruce de matrices y enfoques que hemos venido anunciando, y los saltos en los procesos que nos sirven de indicadores de calidad del mismo. No hemos respetado ninguno de los enfoques teóricos por sí mismos, sino que los hemos comparado y criticado entre sí, y desde nuestras experiencias, integrándolos en esos juegos de planos y matrices que estamos presentando. No hemos respetado tampoco las técnicas y sus procesos metodológicos sino que hemos ido construyendo nuestra propia lógica intentando “transducir” lo aprendido. Es decir, dar los saltos que colectivamente se han mostrado más necesarios, y justificar desde la lógica de la transformación social el porqué lo estábamos haciendo de esta manera. Por eso en la sección siguiente planteamos en positivo los 4 saltos que creemos es necesario ir dando, con aplicaciones creativas, en los casos concretos que tengamos que resolver.

C) CUATRO SALTOS EN LOS CAMINOS QUE ESTAMOS ABRIENDO.

Saltando de la “solidaridad” a los “Estilos de creatividad social”.

Debería ser el primer salto a dar, o si se prefiere debería ser permanente en todos los procesos y a lo largo de todo el tiempo que dure cada uno de ellos. La consideración sobre las éticas de los investigadores, expertos o técnicos, y su aparente neutralidad es un tema muy debatido, en donde las metodologías participativas siempre han defendido que no existe tal neutralidad, por la imposibilidad de intentar tan siquiera separar los distintos aspectos de cualquier persona, que siempre tiene su forma particular de enfocar los procesos. Lo único que parece razonable defender es que para limitar los posibles efectos negativos de los prejuicios, ideologías, y prevenciones que cada cual tenga, lo mejor es plantearlos explícitamente en la medida de lo posible, y a ser posible participadamente, para que los demás puedan aminorar las repercusiones que se pudieran derivar de los planteamientos previos. Lo peligroso de la neutralidad en los valores es creerse que existe, pues entonces es cuando no se deja controlar.

En este sentido se suele acudir a la ética entendida como principios de solidaridad, de justicia, etc. con lo que partimos de un discurso inicial muy abstracto, y que luego cada cual puede interpretar casi como quiere. Se suele hablar hoy de una ética de

mínimos, de tal forma que habría unos principios universales a respetar, una vez definidos entre los más imprescindibles de la humanidad. Al menos esto trataría de dejar fuera algunos de los horrores más escandalosos que ha vivido el género humano, pero aún así no están claros cuales puedan ser esos mínimos. En nombre de principios universales, muy claros al parecer, se siguen haciendo bombardeos, guerras, que para otra parte de la humanidad no parecen tan claros. No estamos por eso de acuerdo en la propuesta de poner ejemplos (ni personales ni grupales) que pretendan servir para todas las situaciones. Más bien nos inclinamos porque la ética esté en la propia metodología y medios para la construcción de lo social, más que en los fines declarados.

Las incoherencias entre el decir y el hacer son patentes en todos los procesos, y de manera muy especial resaltan también en las metodologías participativas. Por eso no creemos que baste con una recomendación general para que se actúe de acuerdo con lo que se dice. Más bien pensamos que es en lo que se hace en donde hay que argumentar por qué, y para qué, y para quién se hace. Es decir, ir rectificando el hacer a partir de las lógicas de las que se reclama. En cada práctica o técnica, en cada situación concreta, ya están implícitas todas estas preguntas. Irlas contestando es un sano ejercicio grupal de autocrítica, aprendizaje y rectificación posible. No basta la buena voluntad solidaria con las personas o las redes sociales, en estos procesos (como en la ecología, la salud, etc.) hay que conocer lo mejor posible los beneficios y las trampas de cada elemento que se pone en juego. El conocimiento de las metodologías, y de las técnicas, con el mayor rigor posible es muy importante para no provocar más “efectos no queridos” de los que ya se suelen producir de todas maneras.

Por esto nosotros aportamos los “estilos de creatividad social”, es decir, combinar la ética con la metodología. Hacer de tal forma que se abran nuevas posibilidades de actuación para los sujetos en presencia, no tanto mostrar una identidad o un camino que han de seguir, sino construir con ellos las diversas estrategias que podrían adoptar en cada caso. La metodología incorpora así un principio de ética abierta y dialógica, que limita prejuicios en los diversos sujetos implicados, al tiempo que respeta sus puntos de partida. Pero, por el tipo de dispositivo practicado, trata de que cada cual tenga muy en cuenta las aportaciones de los otros implicados, para hacer más creativo el proceso y aprender todos de las dinámicas puestas en marcha. Creatividad social significa de esta manera que ha sido creada colectivamente, y con objetivos para el cambio más allá del propio sujeto o grupo que se esta moviendo.

En este sentido es muy bueno que se desborde fuera de lo planteado inicialmente. Que en la práctica aparezcan efectos multiplicadores en el campo de los objetivos más generales, en las concreciones de los más específicos, o incluso nuevos objetivos que abran nuevas puertas o caminos. Es lo que llamamos “reversividad” y “transductividad” para que las estrategias complejas de unos y otros sujetos puedan aprender en el propio proceso, como primer indicador; agrupen a otros conjuntos de acción en redes más amplias, como segundo indicador; y además vayan consiguiendo ser eficientes en las realizaciones concretas que se hayan propuesto, que también es un indicador a tener en cuenta, sobre todo para que no decaiga el ánimo de las estrategias que se inicien. La ética no sólo no está reñida con las estrategias “transversales” (diversificadas) y con las “reversivas” (desbordantes), sino que precisamente ha de ser quién de cuenta del porqué y del para qué, para quién, de nuestros enfoques y actuaciones. Porque las estrategias existen siempre (más o menos conscientes), y lo que podemos hacer es aclararlas lo más posible en sus lógicas, para que colectivamente las podamos orientar hacia los objetivos que pretendan las redes sociales con las que nos implicamos.

Saltando de “sujetos-sujetos” a “Conjuntos de acción”.

También deberíamos aclarar que no estamos por una pedagogía de tipo habitual, ni por investigaciones tradicionales, en las que una de las partes se siente maestro, o lo suficientemente experto, como para no tener que aprender en cada uno de estos procesos. Es precisamente la capacidad de aprender del investigador o del experto el primer indicador de que estamos ante metodologías participativas. No estamos en unas relaciones de sujetos con objetos, sino de sujetos con sujetos, donde todos han de aprender de todos, y construir juntos, desde diferentes posiciones, lo que ha de ser un diagnóstico y una acción comunes. No todos aportamos lo mismo al proceso, ni cuantitativa ni cualitativamente, pero es tan imprescindible la visión del especialista científico, como la del metodólogo, como la del dirigente social, como la de cualquier ciudadano/a que quiera aportar sus saberes, pues es su dialógica lo que enriquece a todos los participantes.

Pero no sólo esto. Por nuestra parte entramos también a criticar algunos conceptos más ambiguos que se usan en lo participativo como “empoderamiento”, “capital social”, o incluso “hábitus”. Pues no se trata, según creemos, de hacer una serie de sesiones de autoestima para sentirse más dignos y con poder, sino de una construcción colectiva desde las potencias conjuntadas en que unos y otros nos retro-alimentamos. No tanto es conseguir “poder-dominación” desde donde poder mandar a otros, como “poder-potencia” desde donde sentirse creativos socialmente. Tampoco creemos que se trate de fomentar lo que Putman llama “capital social” (y su uso despolitizado por el Banco Mundial como puras relaciones técnicas). No se trata de manejar relaciones como monedas para un trueque o un mercado. La metáfora del capital para hablar de relaciones en red parece querer reducir éstas a una acumulación, para tener ventajas frente a otros, un utilitarismo competitivo que no nos convence. Queremos reivindicar conceptos como potencia y redes sociales, que hacen referencia a dinámicas más complejas y creativas.

Incluso hablar de “capital simbólico” y de “hábitus” (Bourdieu) nos parece un poco rígido también, pues acaba reforzando el concepto de poder-dominación, con su denuncia radical. Nos plantea dar un salto desconectado con la necesidad de hacer socio-análisis, o la investigación dialéctica. Tanto P. Bourdieu como Jesús Ibáñez, y algunos otros de nuestros maestros, critican el sistema simbólico dominante de forma contundente, pero solo anuncian (sin entrar a realizarlas) las metodologías más flexibles, reversivas y transductivas. Precisamente aportamos que podemos aprender, desde los movimientos sociales, la potencialidad y la creatividad en lo popular, sin abandonar la ciencia crítica. Nos plantean un salto entre la denuncia y las propuestas de estrategias metodológicas, pues no entran en la práctica a construirlas, y no se paran a transducir a partir de los movimientos prácticos, como nosotros sí tratamos de hacer.

Criticamos también la IAP (investigación-acción-participativa) cuando se reduce a una escucha de los problemas de los dirigentes de las asociaciones locales, y a una serie de dinámicas socioculturales, bien intencionadas, pero poco autocríticas y eficientes a la hora de abrirse a la mayoría de la población. No queremos proponer juegos de auto-estima narcisistas, donde algunos colectivos se sienten muy bien haciendo muchas reuniones y coordinaciones, pero donde la gente del común no se entera de casi nada. También son muchos los socio-análisis que se encierran en sí mismos, sin ver y sentir más allá del grupo. Nosotros estamos por hacer y aportar dispositivos grupales, socio-dramáticos, etc. que desbloqueen las concepciones ideológicas cerradas, para abrir las metodologías, de forma dialógica, hacia los diferentes sectores en juego, con los que conjuntar potencialidades y acciones comunes.

Las aportaciones de los movimientos de mujeres sobre que lo político, los poderes, está en lo cotidiano, está en la base de nuestras propuestas sobre redes y conjuntos de acción. Estamos recuperando las teorías del vínculo (Pichon-Rivière), las antropologías de redes (Escuela de Manchester), y los “socio-gramas” y los “mapeos” estratégicos y pedagógicos (Freire). La práctica nos está llevando a pasar de lo micro y comunitario a las escalas de ciudad y de regiones, pues nosotros vemos estas redes como conflictivas, y que se repiten también en ámbitos más amplios, con los que guardan siempre unas relaciones de retroalimentación. La “comunidad” considerada no es una unidad de identidad a rescatar, sino continuos conflictos internos y externos, donde se construyen identificaciones en procesos de redes, informales y formales, donde lo emotivo grupal es tan importante como la estructura socioeconómica o las ideologías en juego.

Lo que aportamos es una “muestra estructural” de 3 enfoques o planos, para superar las dicotomías estructura-agencia, clase en sí-clase para sí, objetivo-subjetivo. Por un lado están las relaciones de clase y sus necesidades, y por otro tenemos objetivos ideológicos sobre tal o cual asunto. Pero también hemos de tener como tercera variable las redes de cotidianidad, sus vínculos emotivos, la “clase así” como la encontramos, en sus confianzas y en sus miedos locales. No es la psicología de los individuos lo que nos preocupa en sí misma, sino los vínculos construidos (y con los que podemos hacer gráficos estratégicos participadamente). El 4º enfoque es el proceso, son los saltos que hay que dar de una situación a otra, y cómo dinamizarlos, más acá de las estructuras de la economía política y de las ideologías organizadas y en pugna. Estos dispositivos nos permiten ser más auto-críticos y reflexivos con nosotros mismos, y más realistas con los conjuntos de acción, para no idealizar ni a nosotros ni a las redes sociales con las que trabajamos.

Saltando de “sujetos-praxis” a “Reflexividades de 2º grado”.

Los datos y las cuantificaciones en muchos casos nos parecen colecciones de números muy abstractos, que solo reflejan que hay alguien que sabe sumarlos o dividirlos, pero que poco nos dicen de los criterios y sentidos con lo que todas estas operaciones numéricas se han hecho. No tenemos interés en grandes documentos llenos de cifras con su cierto aire mágico, muchas páginas de diagnóstico, pero con escasas y/o limitadas estrategias participadas que puedan resultar eficientes socialmente y operativas para los objetivos propuestos. Antes de entrar a compilar tantos datos deberíamos preguntarnos ¿para qué, y para quién? Las metodologías participativas no solo ponen en relación a los sujetos con otros sujetos en cierta igualdad de oportunidades, sino que lo hacemos como un intento práctico para resolver problemas concretos. Para nada nos sirven esos estudios que luego se guardan en un cajón. Para hacer estos documentos, con carácter socio-práxico, desde los primeros momentos y las primeras preguntas deben participar algunas personas implicadas desde lo local, que asumen estas metodologías porque ellas mismas las están construyendo.

No se trata tampoco de un estudio lingüístico o semiológico, para desentrañar las identidades ocultas de tales o cuales grupos o sectores sociales. No nos creemos que podamos ser los evaluadores de los comportamientos aparentemente contradictorios de unos u otros colectivos. Más bien solemos pensar que somos nosotros mismos los que no sabemos hacer bien las preguntas, cuando nos contentamos con las primeras que se nos ocurren, o cuando no pasamos a devolver y retro-alimentar el proceso más allá de la primera interpretación. Los propios Planes Estratégicos que tratan de consensuar objetivos comunes, a veces casi prendidos con alfileres (con mucho DAFO y mucho

marketing), también se empeñan en construir identidades, pero en el camino se quedan diferencias muy creativas, por haberlo hecho con dinámicas más superficiales que profundas y participativas. Nos interesan tanto los consensos como los disensos.

No vamos a participar con los sectores más de base porque estos vayan a aportar mejores razones lógicas o científicas, sino precisamente por lo contrario, porque lo que suelen aportar es un complejo caos de síntomas del momento con saberes tradicionales, y al tiempo mezclado con lo que dijo la TV y con algunas intuiciones muy creativas, y también disparates más o menos justificados. No es porque tenga razón lo popular por lo que partimos desde ahí, sino porque tiene muchas razones contradictorias entre sí, y eso nos parece que es un campo relacional muy fecundo si se sabe aprovechar. Es en los disensos que cada sujeto tiene consigo mismo y con los otros, desde donde les podemos sacar “cuadros de conductas” o “tetralemas” (Greimas, Ibáñez, etc.) donde aparecen contrapuestas unas y complementarias otras, de tal forma que ésta es la materia prima que nos permita hacer construcciones colectivas más creativas. Por ejemplo, respondiendo desde sus propias frases textuales, con los dilemas y “tetralemas” que nos proponen, podemos devolver así, en sus propios términos, la creatividad a sus protagonistas para que la amplíen.

Precisamente lo que queremos rescatar y aportar a estos procesos son las paradojas y contradicciones que nos ofrecen la propia gente, los propios grupos. Cuanto más abajo llegamos en los sectores populares nos encontramos con ideas y propuestas que pueden parecer descabelladas, y que además no salen a la primera. Pero que son las que pueden desbloquear algunas posturas muy encastilladas, y aportar nuevos enfoques para abrir los procesos. Planteamos lo participativo no para que sea un gran número de gente los que se reúnen de una vez, sino porque distribuidos en pequeños grupos surgen muchas ideas creativas que bullen y se pueden tener en cuenta a lo largo del proceso. No son las primeras conversaciones, ni entrevistas, ni una reflexión de “primer grado”, en donde nos quedamos, sino unos procesos que deben desbordar estas primeras impresiones y análisis, construyendo participadamente algunos saltos en los enfoques previos.

Los llamamos dispositivos para la reflexividad de “segundo grado”, es decir, unos encuentros o talleres con preguntas escogidas para facilitar la creatividad social. Son algunas cuestiones que salen de las propias frases de la gente, según nos las han venido diciendo. En el fondo es como unos juegos de espejos (más o menos deformados) donde todos nos podemos mirar y quizás ver otras perspectivas que no se nos ocurrirían a nosotros solos. Representantes sociales, informantes de base, investigadores, etc. nos podemos juntar para construir por ejemplo “socio-gramas” y “flujo-gramas” colectivos, es decir, documentos gráficos donde todos podemos poner nuestro granito de arena y discutirlo con las otras personas. El resultado suele ser priorizar donde detectamos los “cuellos de botella” de los procesos que nos bloquean, y qué “ideas-fuerza” los pueden desbloquear. Las propuestas innovadoras así las puede hacer cualquiera, pero han de ser suscritas por una buena mayoría, al margen de quién la haya planteado.

Saltando de la “sostenibilidad” a las “programaciones integrales”.

Las formas tradicionales de planificación, más deterministas o probabilistas, sin un control permanente, y sin monitoreo para su rectificación a tiempo, tampoco nos parecen muy interesantes. Muchas de estas planificaciones se hacen dando participación a los invitados de una manera restrictiva. La selección de la muestra se hace sobre una

“representatividad” que deja fuera a sectores y colectivos que se consideran minoritarios y por tanto con poca capacidad de aportación. Pero precisamente las innovaciones más interesantes suelen venir desde pequeños grupos que tienen mucho que aportar y que necesitan su oportunidad de entrar en el debate, sobre todo si pensamos en representar los intereses de las generaciones futuras. Y aún cuando se tienen en cuenta, en algunas metodologías pseudo-participativas, a la mayoría de la población, se hace sólo para que respondan y no para que puedan formular las preguntas. Nos parece que la clave de que un proceso sea democrático-participativo es que desde un primer momento cualquier colectivo pueda aportar sus preguntas, sus iniciativas, para que se tengan en cuenta.

Por ejemplo el “desarrollo sostenible” nos parece un concepto ambiguo y poco operativo, si no se le concreta en las necesidades locales propuestas por los colectivos de las redes sociales más implicadas en su defensa. No se trata de construir un modelo acabado y perfecto de territorio, economía y sociedad, que se contraponga con otros que también se idealicen como tales. Pero sí de construir los criterios que esta generación piensa para sí misma y la de sus descendientes sobre lo que es “calidad de vida” (más allá de los indicadores de “nivel de vida” habituales) y que se puedan ir midiendo, evaluando y difundiendo entre la población sus valores de sustentabilidad. Es decir, la necesidad de criterios construidos participadamente e inter-generacionalmente con la implicación de quienes defienden unos valores de futuro ecológico para la humanidad.

Por lo mismo no nos bastan las protestas sin propuestas, es la urgente necesidad de “transducir” los saberes y metodologías desde las prácticas locales y regionales más sustentables y democrático participativas. Está bien que haya protestas tanto locales como globales frente a los males que sufre la humanidad y la naturaleza, y también nos parece interesante la experimentación que se viene haciendo a contracorriente en unas y otras localidades. Pero la “transducción” a partir de las experiencias y de los movimientos es la tarea que nos parece imprescindible aportar en estos momentos para no quedarse encerrados en casos muy particulares o en desalientos, fruto de no poder visualizar caminos metodológicos y nuevas estrategias emergentes. Creemos más que en la planificación del Estado y que en las iniciativas del Mercado, en otras iniciativas socio-políticas de los movimientos (por ejemplo las “esferas públicas no estatales”) capaces de oponerse a los males que nos vienen de esta globalización, los clientelismos y de las explotaciones, y de ser más eficientes en lo social y en la creatividad para un futuro más sustentable.

Las aportaciones desde las redes sociales, locales y regionales, están en camino de ser “transducidas” en algunas redes de investigación internacional. Las metodologías de la socio-praxis quisieran hacer confluir en esta tarea que hemos iniciado, de manera práctica, las voluntades y capacidades de algunas entidades universitarias, movimientos sociales, organismos públicos, etc. El Foro Social Mundial ha significado en los últimos años una cierta esperanza de que hay un nuevo camino abierto, desde una pluralidad de movimientos para la sustentabilidad socio-política, más allá de las tensiones en que ha nacido. Pero necesita de aportaciones “transductoras” desde las experiencias plurales y de los movimientos, para no perderse en disputas internas de las ideologías más cerradas y sus pretensiones de hegemonía. Nuestras metodologías no las consideramos neutrales pero tampoco al servicio de una determinada tradición ideológica, más bien recogiendo las aportaciones de diversas tradiciones emancipadoras, y aprendiendo en la práctica de las que nos pueden ir nutriendo.

Las aportaciones de una estructura-red democrático-operativa, con encuentros de creatividad social, y el monitoreo de un cronograma de programaciones sustentables e implicativas, esto es el planteamiento que aportamos. Es decir, el que se pueda seguir evaluando y controlando democráticamente, a través de Comisiones de Seguimiento.

Foros, o Coordinaciones, los procesos que se inician y programan. Pero no solo ni tanto pensando en un organigrama de democracia participativa, sino más en un “socio-grama” que dé operatividad y eficiencia social a lo programado. Es decir una red de colectivos, encuentros y talleres de “creatividad social”, que funcionen “ad hoc” según como se vayan dando las circunstancias locales de cada caso. Lo importante es la capacidad de “monitoreo” y auto-organización de cada proceso por sí mismo.

Hemos llamado PAIS (programaciones alternativas con implicación sustentable) a algunos de estos proyectos, y también “socio-praxis”, para distinguirnos de la IAP y del socio-análisis más habituales, según algunas de las aportaciones que aquí hemos venido refiriendo. Pero lo importante no son los nombres que se le den a cada proceso, sino que respondan a las necesidades construidas local y socialmente en cada una de las “programaciones integrales”. En cada caso cabe aportar desde distintas metodologías lo que pueda convenir al momento que se atraviesa según el criterio de la red democrática participativa y de la estrategia metodológica operativa de que se hayan dotado.

BIBLIOGRAFIA:

- Abril, G. (1988) La comunicación y el discurso: la dimensión humorística de la interacción. Universidad Complutense de Madrid.
- Abril, G. (1994) Analisis de contenido, en Delgado y Gutierrez. Métodos y técnicas...
- Bourdieu, P. (1997) Razones Practicas. Sobre la teoría de la acción. Anagrama. Barcelona.
- Capra, F. (2003) Las conexiones ocultas. Anagrama. Barcelona.
- Colectivo Ioé (1993) Investigación. acción-participativa. En Documentación Social, nº 92. Madrid.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988) Mil mesetas. Pre-textos. Valencia.
- Delgado, Gutiérrez (comp.) (1994) Métodos y técnicas cualitativas en ciencias sociales. Síntesis. Madrid.
- Fals Borda, y Rodríguez Brandao (1986) Investigación participativa. Instituto del Hombre. Montevideo.
- Freire, P. (1970) Pedagogía del oprimido. Siglo XXI. Madrid
- Greimas, A.J. (1973) Semántica estructural. Gredos. Madrid.
- Harris, J. (2001) Depoliticizing development. The World Bank and the Social Capital. Left Word. New Delhi.
- Ibañez, J. (1990) Nuevos avances en la investigación social. Suplementos, nº 22. Anthropos y reedición en Ediciones A. Barcelona
- Ibañez. J. (1994) Por una sociología de la vida cotidiana. Siglo XXI. Madrid.
- Jameson, F. (1989) Documentos de cultura, documentos de barbarie. Visor. Madrid.
- Juliano, D. (1992) El juego de las astucias. Horas y horas. Madrid.
- Keller, E. F. y Pearce, B. en Varios (1994) Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. Paidós. Buenos Aires.
- Lapassade, G. (1980) Socioanálisis y potencial humano. Gedisa. Barcelona.
- Lourau, R. (1980) El estado y el inconsciente. Kairos. Barcelona.
- Lourau, Lapassade, Guattari, etc. (1997) El análisis institucional. Campo Abierto. Madrid.
- Luhman, N. (1997) Organización y decisión. Anthropos. Barcelona.
- Maturana, H. (1995) La realidad, ¿objetiva o construida? Anthropos. Barcelona.
- Matus, C. (1995) El chimpancé, Maquiavelo y Gandhi. Fundación Altair. Caracas.

- Matus, C. (1995) Plan Estratégico Situacional 95. Guía análisis teórico. F. Altair. Caracas.
- Margulis, L. (2002) Planeta simbiótico. Debate. Madrid.
- Marx, K. (1970) Tesis sobre Feuerbach. Grijalbo. Mexico.
- Morin, E. (1994) Introducción al pensamiento complejo. Gedisa. Barcelona
- Naredo y otros (1996) Ciudades par un futuro sostenible. Habitat II. Ministerio de Obras Públicas. Madrid.
- Navarro, P. (1993) El holograma social. Siglo XXI. Madrid.
- Negri, A. (1994) El poder constituyente. Libertarias. Madrid.
- Nuñez, C. (1989) Educar para transformar, transformar para educar. Alforja. S. José de Costa Rica.
- Pichón-Rivière, E. (1991) Teoría del vínculo. Nueva visión. Buenos Aires.
- Pizarro y otros (2000) Monográfico sobre Analisis de Redes. Política y Sociedad, nº 33. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Madrid.
- Prigogine, I y Stengers, I. (1989) La nueva alianza. Alianza Ed. Madrid.
- Putman, R. (1993) Making democracy work: Civic traditions in modern Italy. Princeton University Press. Princeton.
- Sacristá, M. (1987) Pacifismo, ecología y política alternativa. Icaria. Barcelona.
- Sánchez Vázquez, A. (1987) Escritos de filosofía y política. Ayuso. Madrid.
- Shiva, V. (1995) Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo. Horas y horas. Madrid.
- Varela, F. (1998) Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Gedisa. Barcelona.
- Villasante, T.R. (1998) Cuatro redes para mejor-vivir. Lumen Humanitas. Buenos Aires.
- Villasante, T.R. (2002) Sujetos en movimiento. CIMAS-NORDAN. Montevideo.
- Villasante, Garrido (2002) Metodologías y Presupuestos Participativos. CIMAS-IEPALA Madrid.
- Villasante, Montañés, Martí (2000) La investigación social participativa. El Viejo Topo. Barcelona.
- Villasante, Montañés, Martín (2001) Procesos locales de creatividad social. El Viejo Topo. Barcelona.
- Von Foerster, H. (1992) Las semillas de la cibernética. Gedisa. Barcelona.
- Zemelman, H. (1992) Los horizontes de la razón. Anthropos. Barcelona.